

LA LECTURA SOBRENATURAL DE LA BIBLIA

**VER Y SABOREAR LA GLORIA DE DIOS
EN LAS ESCRITURAS**

_____ JOHN PIPER _____



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Reading the Bible Supernaturally*, © 2017 por Desiring God Foundation y publicado por Crossway, 1300 Crescent Street, Wheaton, Illinois 60187. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *La lectura sobrenatural de la Biblia*, © 2018 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Dabar Editores
Revisión: Juan Terranova

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVC” ha sido tomado de la Reina Valera Contemporánea® © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “RVA” ha sido tomado de la Reina-Valera Antigua (dominio público).

El texto bíblico indicado con “RVA-2015” ha sido tomado de la Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “BTX” ha sido tomado de la Biblia Textual © 1999 por la Sociedad Bíblica Iberoamericana. Todos los derechos reservados. Usado con permiso.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.* Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “DHH” ha sido tomado de la versión la *Dios Habla Hoy*, © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5781-4 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6690-8 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7506-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 27 26 25 24 23 22 21 20 19 18

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A todos los que me han ayudado a ver
la luz de la gloria de Dios en las Escrituras,
un legado de una iluminación compartida.

Contenido

Prefacio	13
Introducción	17

PARTE I

El objetivo supremo de leer la Biblia

Introducción a la Parte I: La propuesta	35
1 Leer la Biblia hacia el objetivo supremo de Dios	39
<i>“Si... hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”.</i>	
2 Leer la Biblia hacia una adoración ferviente	53
<i>“Por cuanto eres tibio..., te vomitaré de mi boca”.</i>	
3 Leer para ver el valor supremo y la belleza, parte 1	63
<i>“Leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo”.</i>	
4 Leer para ver el valor supremo y la belleza, parte 2	73
<i>“Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará”.</i>	
5 Leer para ver el valor supremo y la belleza, parte 3	85
<i>“Han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”.</i>	
6 Leer para saborear su excelencia, parte 1	97
<i>“Habéis gustado la benignidad del Señor”.</i>	
7 Leer para saborear su excelencia, parte 2	115
<i>“Hablo esto... para que tengan mi gozo”.</i>	
8 Leer para ser transformado, parte 1	133
<i>“Todos, mirando... la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria”.</i>	
9 Leer para ser transformado, parte 2	149
<i>“La abundancia de su gozo... [abundó] en riquezas de su generosidad”.</i>	
10 Leer hacia la consumación	161
<i>“Redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.</i>	

PARTE II

El acto sobrenatural de leer la Biblia

- Introducción a la Parte II. 177
- 11 La necesidad y posibilidad de leer la Biblia sobrenaturalmente. 181
“*Les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras*”.
- 12 Por qué los fariseos no pudieron leer. 195
“*¿Nunca leísteis en las Escrituras...?*”
- 13 Imágenes del Nuevo Testamento de la lectura de la Biblia como un acto sobrenatural 209
“*Recibid con mansedumbre la palabra implantada*”.

PARTE III

El acto natural de leer la Biblia sobrenaturalmente

- Introducción a la Parte III 225
- 14 Dios no permita que despreciemos sus dones naturales 231
“*Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo*”.
- 15 La humildad abre mil ventanas 243
“*Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera*”.
- 16 El lugar indispensable de la oración en la lectura sobrenatural de la Biblia: despertar nuestro deseo por la Palabra. 251
“*Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia*”.
- 17 El lugar indispensable de la oración en la lectura sobrenatural de la Biblia: ver, saborear y amar con un corazón unificado 263
“*Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley*”.
- 18 Leer la Biblia por fe en las promesas de Dios. 277
“*Yo... vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*”.
- 19 Leer la Biblia por fe en su promesa de enseñarnos. 285
“*Bueno y recto es Jehová; por tanto, él enseñará a los pecadores el camino*”.

20	El objetivo ordinario de la lectura: el significado del significado	295
	“No os escribimos otras cosas de las que leéis, o también entendéis”.	
21	El objetivo ordinario de la lectura: cinco razones para definir el <i>significado</i> como lo que el autor pretendía comunicar	303
	“Os he escrito por carta... No absolutamente...”.	
22	El objetivo ordinario de la lectura: la intención de Dios a través de la intención del hombre	313
	“Lo que os escribo son mandamientos del Señor”.	
23	El poder de la paciencia y la atención agresiva	325
	“Si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros”.	
24	La lectura activa significa hacer preguntas.	339
	“Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo”.	
25	Preguntas sobre palabras y frases	351
	“La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples”.	
26	Proposiciones: ¿Colecciones de perlas o enlaces en una cadena?	365
	“Habló con denuedo... discutiendo y persuadiendo”.	
27	Consultar el texto sobre las paradojas, los placeres y una vida transformada	375
	“La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia”.	
	Conclusión	391
	Apéndice: <i>Arcing</i> (Arqueo bíblico)	395
	Una palabra de agradecimiento	413

Para entender la Escritura espiritualmente, es necesario tener los ojos de la mente abiertos para así poder contemplar la maravillosa excelencia espiritual de las cosas gloriosas contenidas en el verdadero significado de ella, y que siempre estuvieron contenidas en ella, desde que fue escrita; para contemplar las amables y brillantes manifestaciones de las perfecciones divinas, y de la excelencia y suficiencia de Cristo, y la excelencia y conveniencia del camino de la salvación por Cristo, y la gloria espiritual de los preceptos y promesas de la Escritura, etc. Esas cosas están, y siempre estuvieron en la Biblia, y hubieran sido vistas antes si no hubiera sido por la ceguera, sin tener ningún sentido nuevo añadido por las palabras enviadas por Dios a una persona en particular, y expresado de nuevo a él, con un nuevo significado.¹

JONATHAN EDWARDS

1. Jonathan Edwards, *Religious Affections*, ed. John E. Smith y Harry S. Stout, rev. Ed., Vol. 2, *The Works of Jonathan Edwards* (New Haven, CT: Yale University Press, 2009), p. 281. Publicado en español por Publicaciones Faro de Gracia, con el título *Los afectos religiosos*.

Prefacio

Escribir un libro que esperas que ayude a otros a ver más a Dios en las Escrituras es reconocer que Dios quiere que el lector de su Palabra la entienda y la disfrute con la ayuda de otros. Escribir libros, enseñar lecciones, predicar sermones, educar a los niños “en la instrucción del Señor” implica que Dios ha planeado que nosotros entendamos la Biblia con la ayuda de maestros humanos. Otra manera de decirlo es que Dios revela más de sí mismo a través de su Palabra cuando se lee en comunidad, que cuando se la lee en el aislamiento.

El Nuevo Testamento muestra repetidamente que Jesucristo proporciona maestros a su iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4:11-12). Estos maestros no reemplazan a la Biblia como la palabra inspirada de Dios; nos ayudan a entenderla. De hecho, el objetivo de los maestros humanos es ayudar a todos los creyentes a llegar a ser maestros ellos mismos, no necesariamente en una capacidad oficial, sino al menos tener la capacidad de usar la Palabra de Dios tanto para beneficio propio como el de los demás.

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño (He. 5:12-13).

Por lo tanto, me veo a mí mismo, y a este libro, como una pequeña parte de la insondable complejidad de la matriz de influencias que componen la comunidad cristiana de descubrimiento e iluminación. En consecuencia, nada en este libro debe ser interpretado para implicar que su objetivo es producir aislados lectores de la Biblia. Es una piedra tirada a una multitud. Su efecto de onda, si lo hay, fluirá a través de las relaciones. Su objetivo es ser parte del propósito global de Dios de crear una hermosa novia para su

Hijo, “una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga... santa y sin mancha” (Ef. 5:27). La belleza de esa novia consiste en gran parte en la manera humilde, santa, feliz y amorosa que los cristianos se tratan unos a otros. Si el *fin* es la gloria corporativa, no debemos sorprendernos de que el *medio* sea el crecimiento corporativo. Leemos la Palabra juntos; juntos alcanzamos ese fin.

Dios ha usado a cientos de personas para ayudarme a entender y amar la Biblia. Me gustaría ayudarle, para que pueda ayudar a otros. Esto es como debería ser: un legado de iluminación compartida hasta que los propósitos de Dios para la iglesia y el mundo sean completados. Que Dios transforme la onda de usted en una ola de bendición para los pocos que usted conoce y los millares que no. Estoy orando con ese fin.

El evangelio del Dios bendito no busca su evidencia en el exterior, tanto como algunos piensan; tiene su más alta y apropiada evidencia en sí mismo... La mente asciende a la verdad del evangelio, pero paso a paso, y esa es su gloria divina.

JONATHAN EDWARDS

Aquellos que están bajo el poder de su natural oscuridad y ceguera... no pueden ver ni discernir esa excelencia divina en las Escrituras, sin una aprensión de que nadie pueda creer correctamente que sea la Palabra de Dios.

JOHN OWEN

Introducción

Este es un libro sobre lo que significa leer la Biblia sobrenaturalmente. Sé que suena extraño. Si hay algo obvio en usted y en mí, es que somos naturales, ordinarios, finitos, mortales. No somos ángeles o demonios; y ciertamente no somos Dios. Pero si la Biblia es lo que afirma ser, es decir, inspirada por Dios, entonces tiene un origen sobrenatural. Y lo que intentaré demostrar es que este Libro requiere más que una clase natural de lectura. No menos, sino más; de hecho, pide lo mejor de la lectura natural. Pero también hay más, algo más allá de lo que es meramente humano.

Como con todas las afirmaciones extrañas, hay una historia de fondo. Intenté escribir este libro hace un año, pero en cuestión de días, otro libro se abrió camino en mi mente y exigió que se escribiera primero. Así que pospuse este y escribí *Una gloria peculiar: Cómo las Escrituras revelan su completa veracidad*.¹ La pregunta “¿Es la Biblia verdadera?” requirió ser contestada primero.

En cierto sentido, esto es mirar al pasado. Seguramente usted debe leer un libro antes de que pueda decidir si es verdad. Entonces, ¿no debería un libro sobre cómo leer la Biblia *preceder* a un libro acerca de su veracidad? Quizá, pero en mi caso, los descubrimientos que hice escribiendo *Una gloria peculiar* resultaron esenciales para la manera en que este libro está escrito. La forma en que la Biblia se muestra a sí misma como verdadera y completamente digna de confianza tiene implicaciones indispensables para saber cómo leerla. Esto se ha vuelto mucho más claro para mí por haber escrito primero *Una gloria peculiar*.

No tiene que leer *Una gloria peculiar* para entender el presente libro, pero sí aclarará lo que estoy haciendo en este libro si conoce cómo ese libro discute la verdad de la Biblia. Así que voy a hacer un resumen. La idea central de ese primer libro, que da forma a este en todo, es que la Biblia revela su veracidad completa por el resplandor de una autoautenticación

1. *Una gloria peculiar: Cómo las Escrituras revelan su completa veracidad* (Grand Rapids, MI: Editorial Portavoz, 2017).

peculiar, la gloria divina. Eso también puede sonar extraño, pero puede no parecer tan extraño si uno compara esa clase de argumento con varios otros similares en la Biblia.

La gloria de Dios autentifica al Creador

Por ejemplo, ¿cómo espera la Biblia que todos los seres humanos sepan que Dios existe y que es todopoderoso y generoso, y que se le debe agradecer y glorificar? No muchas preguntas, si es que hay alguna, son más importantes que estas. La respuesta es que la Biblia espera que todos los seres humanos vean la gloria autoautentificadora de Dios en el universo que Él creó. “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19:1).

Esta misma mañana caminé de regreso a casa luego de una reunión de oración en la iglesia. Cuando crucé el puente sobre la autopista vi en el horizonte, a mi izquierda, que el sol estaba apareciendo. Era blanco y muy brillante. Solo pude dejar que mis ojos miraran brevemente a un lado del sol, ya que era demasiado brillante como para permitirme una mirada directa. Todo, de horizonte a horizonte, era luminoso con su propio color y forma en el aire cristalino. Es maravilloso cómo la luz natural, la más brillante y bella de todas las luces, puede alegrar el alma. Pero nada de esa belleza y alegría natural es la gloria de Dios; solo “cuentan la gloria de Dios”. No somos panteístas, por eso, para ver la gloria de *Dios* debemos experimentar algo sobrenatural. Pero está ahí para que la veamos.

Así que hay una gloria *divina* brillando a través del mundo natural, no solo una gloria natural. No es solo la gloria de hermosos amaneceres, la impresionante complejidad del ojo humano y todo el sistema solar. Es algo inefable, pero real y discernible. Se espera que veamos no solo la gloria natural, sino la gloria *de Dios*.

El apóstol Pablo se da cuenta de que la gente no ve esta gloria divina por sí misma. Él explica por qué esto es verdad y, sin embargo, por qué ninguno de nosotros tiene una excusa para esta ceguera espiritual. Eso es...

...porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias (Ro. 1:19-21).

Esto significa que Dios ha mostrado la gloria de su poder, su deidad y su generosidad a todos. Si no vemos la gloria de Dios, todavía somos responsables de verla, atesorarla como supremamente gloriosa y darle gracias a Dios. Si no lo hacemos, como dice Pablo, no tenemos excusa.

La gloria de Dios autentifica a Jesús

Hay otro argumento similar en cuanto a cómo la gente debería haber reconocido la divinidad de Jesús. ¿Cómo esperaba Jesús que sus primeros seguidores supieran que era el Hijo divino de Dios? La respuesta es que todo su modo de vida, la clase de persona que era y las obras que hizo revelaban una gloria divina autoautentificada. Su discípulo más cercano escribió: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (*y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre*), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14).

Sin embargo, muchas personas no vieron esta gloria. Judas ciertamente no lo hizo, a pesar de tres años de cercanía. Los fariseos no lo hicieron. Incluso sus discípulos tardaron en verla. A tales personas Jesús les dijo: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me [habéis] conocido...?” (Jn. 14:9); les había mostrado lo suficiente. Ellos eran responsables de ver la gloria y de saber que Él era el Hijo divino de Dios. Ciertamente, Jesús era realmente humano; era natural, ordinario, finito, mortal. Pero también era el Hijo de Dios sobrenatural y nacido de una virgen (Lc. 1:35). Había una gloria brillando a través de Él; aquellos que oyeron su enseñanza y vieron su ministerio eran responsables de verla. Así es como ellos debían saber la verdad.

La gloria de Dios autentifica el evangelio

Consideremos un ejemplo más de cómo la gloria autentifica la verdad. Este se relaciona con el evangelio mismo, el corazón de las buenas nuevas acerca de la muerte y resurrección de Jesús por los pecadores. ¿Cómo se supone que la gente que escucha la buena noticia del evangelio sepa que viene de Dios? El apóstol Pablo respondió que saben que viene de parte de Dios porque ven “la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). O, poniéndolo de manera ligeramente distinta, pueden saberlo porque ven en el evangelio “la luz... del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6).

No obstante, mucha gente oye el evangelio y no ve la gloria divina. ¿Por qué? No es porque la gloria de Dios sea irreal. No es porque la gloria de Dios no esté en el evangelio. Es porque los seres humanos, por su naturaleza, tienen “el entendimiento entenebrecido... por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18).

No se debe principalmente a la ignorancia, sino a la dureza. Esta dureza es una profunda antipatía hacia la verdad. Ya que “*no recibieron el amor de la verdad* para ser salvos” (2 Ts. 2:10). Satanás, el “dios de este siglo”, explota esta dureza. Pablo dice que “cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo” (2 Co. 4:4). Pero la gloria está realmente allí, en el evangelio. Oír el evangelio fiel y plenamente presentado nos hace responsables de ver la gloria divina.

La gloria de Dios autentifica las Escrituras

El meollo de *Una gloria peculiar* es que la gloria de Dios autentifica las Escrituras de una manera similar a esos tres ejemplos. En y por medio de las Escrituras vemos la gloria de Dios. Lo que los apóstoles vieron cara a cara en Jesucristo nos lo imparten a través de las palabras de las Escrituras. “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:3). La gloria que vieron en Cristo, podemos verla a través de sus palabras. Las palabras humanas de las Escrituras son vistas como divinas de la manera en que el hombre humano, Jesús, fue visto como divino. No todos lo vieron, pero la gloria estaba allí; y está aquí, en las Escrituras.

Todas las personas conocen a Dios

Una ilustración más podría ayudar a aclarar cómo funciona esto realmente en el alma humana. ¿Cómo se ve la gloria de Dios? Sin duda, los ojos naturales, los oídos y la mente son parte del proceso. Sin ellos, ni siquiera podemos ver, oír o interpretar las cosas naturales que nos revelan la gloria de Dios: la creación, la encarnación, el evangelio, las Escrituras. Pero esta visión natural no es decisiva para ver la gloria de Dios. “Viendo no ven”, dijo Jesús (Mt. 13:13). Debe suceder algo más que el simple uso de los ojos naturales, los oídos y la mente.

La forma en que el apóstol Pablo lo expresa es que sean iluminados “los ojos del corazón, para que sepan” (Ef. 1:18, NVI). Esto también es extraño, ¡el corazón tiene ojos! Pero quizá podamos comprenderlo. La mayoría de las personas hablan “del corazón” refiriéndose a algo más que el órgano que bombea la sangre en nuestro cuerpo. Tal lenguaje no nos es ajeno. Este “corazón” es nuestro verdadero yo. Intuitivamente sabemos que hay más que carne y huesos. Sabemos que no somos meros productos químicos en un saco de piel. No hablaríamos de la manera que lo hacemos acerca de cosas como la justicia y el amor si no creyéramos esto.

¿Es tan extraño, entonces, añadir a esta personalidad inmaterial la idea de ojos inmatrimales, “los ojos del corazón”? Esta persona interior, que es el verdadero yo, ve y sabe cosas que no son idénticas a lo que los ojos del cuerpo pueden ver. Pascal dijo: “El corazón tiene razones que la razón no conoce. Se sabe esto en mil cosas”.² Hay una visión espiritual a través y más allá de la visión natural. Hay una audición espiritual a través y más allá de la audición natural. Hay un discernimiento espiritual a través y más allá del razonamiento natural.

¿Cómo podemos concebir lo que sucede cuando el corazón ve la gloria de Dios? Encontré una pista en la forma en que Pablo habla de nuestro conocimiento de la gloria de Dios en la naturaleza. Por un lado, Pablo dice que todos conocemos a Dios, “pues *habiendo conocido* a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias” (Ro. 1:21). Esto es asombroso. ¡Todo el mundo conoce a Dios! Pero en otros lugares, Pablo enfáticamente dice que por naturaleza la gente *no* conoce a Dios. Por ejemplo: “En la sabiduría de Dios, *el mundo no conoció* a Dios mediante la sabiduría” (1 Co. 1:21). Los “gentiles... *no conocen* a Dios” (1 Ts. 4:5). Anteriormente, les dijo a los gálatas que no conocían a Dios (Gá. 4:8; véanse 2 Ts. 1:8; 1 Jn. 4:8).

Entonces, ¿qué quiere decir Pablo en Romanos 1:21 cuando dice que todos los seres humanos han conocido a Dios? Para responder a esto, podríamos citar simplemente Romanos 1:19-20: “Lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo”. En otras palabras, podríamos decir que “conocer a Dios” en Romanos 1:21 simplemente significa tener a disposición el testimonio de la creación de manera clara como para poder verlo por medio del ojo natural.

Sin embargo, ¿es eso todo lo que Pablo quiere decir cuando dice: “habiendo conocido a Dios”? Creo que hay más. En Romanos 2:14-15, Pablo dice que las personas que nunca han oído hablar de la ley de Dios a veces hacen lo que la ley requiere. Sus conciencias son testigos de la voluntad de Dios. Él lo dice así: “...éstos... mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones”.

La plantilla de la gloria divina

Esta es mi sugerencia: “Conocer a Dios” en Romanos 1:21 incluye una experiencia más profunda del corazón que Romanos 2:15. La analogía

2. Blaise Pascal, *Pensamientos*, no. 227, Biblioteca Virtual Universal, 2003.

que encuentro útil es que concibamos el conocimiento innato de Dios y su voluntad como una especie de plantilla o molde en el corazón humano. Esta plantilla está diseñada por Dios en cada corazón humano con una forma, o en una forma, que solo le corresponde a la gloria de Dios. En otras palabras, si la gloria de Dios fuera vista con los ojos del corazón, encajaría tan perfectamente en esa plantilla que sabríamos que la gloria es real. Sabríamos que estábamos hechos para esto.

Así que cuando Pablo dice que todos los seres humanos “conocen a Dios”, o que todos los seres humanos tienen la obra de la ley “escrita en sus corazones”, significa que hay una plantilla en forma de gloria en cada corazón esperando recibir la gloria de Dios. Todos “conocemos a Dios” en el sentido de que tenemos este testimonio en nuestro corazón, sabemos que fuimos hechos para esa gloria. Hay una expectativa y un anhelo latentes, y su forma está profundamente enterrada en nuestra alma.

Corazones ceñidos fuertemente por amores ajenos

La razón por la que no vemos la gloria de Dios no es que la plantilla sea defectuosa o que la gloria de Dios no esté brillando. La razón es la “dureza de [nuestro] corazón” (Ef. 4:18). Esta dureza es una profunda aversión a Dios y un correspondiente amor por la autoexaltación. Pablo dijo que la mentalidad de la carne es hostil a Dios (Ro. 8:7). Y Jesús dijo que “la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (Jn. 3:19). Nuestro problema no es que nos falte la luz, sino que amamos la oscuridad. Esa es la dureza de nuestro corazón.

Por lo tanto, en mi analogía de la plantilla, esto significa que las formas ahuecadas del molde, que están perfectamente moldeadas para la gloria de Dios, están en cambio llenas de amor por otras cosas. Así que, cuando la gloria de Dios brilla en el corazón —la creación, la encarnación, Jesús o el evangelio— no encuentra su lugar. No se siente o percibe como apropiada. Para la mente natural, la mente cuyo molde glorioso está lleno de ídolos, la gloria de Dios es “locura” (1 Co. 2:14), no encaja. Como Jesús dijo a aquellos cuya dureza los empujó hasta el asesinato: “Procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros” (Jn. 8:37). Por supuesto, podían interpretar y recordar sus palabras; pero no podían verlas como gloriosas o convincentemente bellas. Escucharon las palabras, pero no las amaron. Amaban la oscuridad que llenaba la plantilla que fue diseñada para el brillo de la gloria de Dios.

La excavación sobrenatural de la plantilla

Tal vez usted puede ver ahora por qué dije que el presente libro es acerca de lo que significa leer la Biblia sobrenaturalmente. Si estamos en el camino correcto, la única esperanza para ver la gloria de Dios en las Escrituras es que Dios pueda extirpar los substitutos idolátricos, duros como un diamante y apiñados en la plantilla de nuestro corazón, para que brille la gloria de Dios. La Biblia se refiere a este acto sobrenatural de muchas maneras. Por ejemplo, describe este rompimiento sobrenatural como: resplandor en nuestros corazones de la gloria divina (2 Co. 4:6); como mansedumbre, corrección y arrepentimiento (2 Ti. 2:25); como el privilegio de creer (Fil. 1:29); como levantarnos de entre los muertos (Ef. 2:5); como un nuevo nacimiento por la palabra (1 P. 1:23; Stg. 1:18); como la revelación especial del Padre (Mt. 16:17) y del Hijo (Mt. 11:27); como la iluminación de los ojos del corazón (Ef. 1:18); como recibir el secreto del reino de Dios (Lc. 8:10).

Cuando este milagro nos ocurre, la gloria de Dios corta, quema, derrite y elimina de la plantilla el cemento suicida de los amores ajenos y toma su lugar legítimo. Nosotros fuimos hechos para esto. Y el testimonio de esta gloria a la autenticidad de las Escrituras es abrumador. Donde antes solo veíamos necesidad, ahora vemos la belleza toda satisfactoria de Dios. Dios ha hecho esto sobrenaturalmente.

Nadie simplemente decide experimentar las Escrituras cristianas como la verdad toda convincente y toda satisfactoria en la vida de uno. Poder ver es un regalo, y así el acoger libremente la Palabra de Dios es un regalo. El Espíritu de Dios abre los ojos de nuestro corazón, y lo que alguna vez fue aburrido, absurdo, tonto, mítico, ahora es evidentemente real.

Así que mi argumento en *Una gloria peculiar* es que la gloria de Dios, en y por medio de las Escrituras, es una realidad, objetiva, real y autoautentificadora. Es una base sólida para una fe bien fundada en la verdad de la Biblia. Esta fe no es un salto en la oscuridad. No es una suposición, ni una apuesta. Si lo fuera, nuestra fe no sería honrar a Dios. Dios no es honrado si es elegido por lanzar una moneda. Un salto a lo desconocido no es un homenaje a alguien que se ha hecho inconfundiblemente conocido por una gloria peculiar.

Es una gloria peculiar

Hasta este punto, en mi recapitulación de *Una gloria peculiar*, no he enfatizado la palabra “peculiar”. ¿Qué implica esta palabra? Implica que la forma

en que las Escrituras revelan su completa veracidad es mediante una gloria peculiar. En otras palabras, el poder de las Escrituras para justificar una confianza bien fundamentada no es por la gloria *genérica*. No es por simple deslumbramiento, no es simplemente por aturdir la mente por la existencia de un ser sobrenatural. Más bien, lo que vemos como ineludiblemente divino es una gloria *peculiar*, y en el centro de esta gloria peculiar está la gloria absolutamente única de Jesucristo.

Hay una esencia, un centro, o una peculiaridad dominante en la forma en que Dios se glorifica a sí mismo en las Escrituras. Esta peculiaridad dominante es la revelación de la majestad de Dios en la mansedumbre, su fuerza en el sufrimiento y la riqueza de su gloria en la profundidad de su entrega. Esta gloria peculiar está en el corazón del evangelio de Jesucristo. Junto con innumerables manifestaciones en las Escrituras, este es el resplandor central de “la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Esto es lo que irrumpe en el corazón y la mente de la persona en quien Dios brilla con la luz “para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6).

Encontrando la gloria en Jesús

Este peculiar brillo resplandece en toda la Biblia, pero encuentra su más bello resplandor en la persona y obra de Jesucristo. Mi conjetura es que la gran mayoría de las personas que llegan a creer en la inspiración y la completa veracidad divinas de la Biblia llegan a esta convicción a través de un encuentro irresistible con Jesucristo. La gloria peculiar que autentifica la Biblia brilla primeramente y con más claridad en Jesús.

¿Cómo sucede esto? A veces es una palabra o una acción particular de Jesús que penetra el corazón y comienza a hacer añicos la dureza que obstaculiza la luz de la belleza de Cristo. Pero, tarde o temprano, todo el retrato bíblico, que culmina en la crucifixión y la resurrección, nos conquista y supera toda resistencia.

Cuando las iglesias de Galacia comenzaron a alejarse del evangelio de Jesús, Pablo les escribió y les dijo: “¡Oh gálatas insensatos, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado como crucificado! ¿Quién les hechizó?” (Gá. 3:1, RVA-2015). Esta presentación clara vino con *palabras*, no imágenes. Pero era tan real y tan viva que Pablo dijo que era un llamamiento a sus ojos —“*ante cuyos ojos* Jesucristo fue presentado”. Ellos *vieron* la gloria peculiar de Cristo en la predicación del evangelio.

Pablo estaba tan inmerso en su aparente desviación que lo llamó una

especie de hechicería: “¿Quién *los hechizó?*”. Se habían convertido al ver la gloria peculiar de Jesús muy vívidamente en su crucifixión. Su esperanza era que su carta expulsaría las falsas apreciaciones y restauraría la visión viva de la gloria de Cristo. Así es como la mayoría de la gente llega a una fe bien fundada en Cristo y en su Palabra.

Un bosquejo del retrato bíblico de Jesús

Puede ser que usted no tenga muy en claro lo que quiero decir con el “retrato bíblico” de Jesús. Tal vez no le resuena la idea de que su mente y corazón puedan ser llevados a una confianza bien fundamentada en Cristo a través de la gloria peculiar de su retrato bíblico. Si es así, permítame tratar de bosquejar una pequeña versión de ese retrato. El objetivo aquí es ilustrar la constelación luminosa de las palabras y acciones de Jesús, con la esperanza de que usted vea cómo su gloria divina brilla a través de su singularidad acumulativa y polifacética.

Nadie amó más a Dios y al ser humano

Jesús era una persona de un amor inquebrantable e incomparable por Dios y por el ser humano. Se enojó cuando Dios fue deshonrado por falta de reverencia (Mr. 11:15-17), y cuando el hombre fue destruido por la religión (Mr. 3:4-5). Él nos enseñó y mostró cómo ser pobres en espíritu, mansos, hambrientos de justicia, puros de corazón, misericordiosos y pacificadores (Mt. 5:3-9). Él nos instó a honrar a Dios desde el corazón (Mt. 15:8) y a eliminar toda hipocresía (Lc. 12:1). Jesús practicaba lo que predicaba, era manso y humilde de corazón (Mt. 11:29). Su vida fue resumida como el que “anduvo haciendo bienes y sanando” (Hch. 10:38).

Él pasó tiempo con los niños y los bendijo (Mr. 10:13-16). Cruzó las barreras sociales para ayudar a las mujeres (Jn. 4), a los extranjeros (Mr. 7:24-30), a los leprosos (Lc. 17:11-19), a las prostitutas (Lc. 7:36-50), los recaudadores de impuestos (Mt. 9:9-13) y a los mendigos (Mr. 10:46-52). Él lavó los pies de sus discípulos, como un esclavo, y les enseñó a servir antes que ser servidos (Jn. 13:1-20).

Aun cuando Jesús estaba agotado, de su corazón brotaba la compasión ante las multitudes apremiantes (Mr. 6:31-34). Incluso cuando sus propios discípulos eran cambiantes y hasta estaban listos a negarlo y abandonarlo, Él quería estar con ellos (Lc. 22:15), y oró por ellos (Lc. 22:32). Jesús nos dijo que su vida era entregada en rescate por muchos (Mr. 10:45); incluso cuando estaba siendo ejecutado, oró por el perdón de sus asesinos (Lc. 23:34).

Nadie fue más veraz y auténtico

Jesús no solamente es retratado como lleno de amor a Dios y al ser humano; sino también se presenta como absolutamente veraz y auténtico. Él no actuó en su propia autoridad para ganar elogios mundanos. Guió a los hombres hacia su Padre en el cielo. “El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia” (Jn. 7:18). Jesús no tiene el espíritu de un ególatra o un charlatán. Parece estar completamente en paz consigo mismo y con Dios; es auténtico.

Esto es evidente en la forma en que vio a través de la farsa (Mt. 22:18). Era tan puro y perspicaz que no podía ser engañado ni acorralado en el debate (Mt. 22:15-22). Él era sorprendentemente tenaz en sus demandas, incluso hacia aquellos para quienes tenía un afecto especial (Mr. 10:21). Nunca suavizó el mensaje de la justicia para ganar aceptación. Incluso sus oponentes estaban aturridos por su indiferencia a la alabanza humana: “Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios” (Mr. 12:14). Nunca tuvo que retroceder de una afirmación y no pudo ser condenado por ningún mal (Jn. 8:46).

Nadie habló con tal modesta autoridad

No obstante, lo que hizo que todo esto fuera particularmente sorprendente fue la discreta e inconfundible *autoridad* que resonaba a través de todo lo que hacía y decía. Los alguaciles de los fariseos hablan por todos nosotros cuando dicen: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn. 7:46). Había algo incuestionablemente diferente en Él: “Les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:29). Sin embargo, no sentía necesidad de hacer alarde de ello. Todo esto era natural para Él.

Sus afirmaciones no eran la declaración abierta del poder mundano que los judíos esperaban del Mesías. De todas maneras, eran inconfundibles. Aunque nadie lo entendió en ese momento, no había duda de que había dicho: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Jn. 2:19, véase Mt. 26:61). Ellos pensaron que era una afirmación absurda que por su cuenta Él podría reconstruir un edificio que tardó cuarenta y seis años en construirse. Pero Él afirmaba, a su manera típicamente velada, que se levantaría de entre los muertos, y lo haría por su propio poder; “lo levantaré” dijo.

En su último debate con los fariseos, Jesús los silenció con la pregunta: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David”

(Mt. 22:42). En respuesta a esto, Jesús citó al rey David, cuando habla en Salmos 110:1: “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. Entonces, solo con una autoridad ligeramente velada, Jesús les preguntó: “David, pues, le llama Señor; ¿cómo entonces es su hijo?” (Lc. 20:44). En otras palabras, para aquellos que tienen ojos para ver, el hijo de David, y *mucho más que el hijo de David*, está aquí.

Esta es la forma en que lo puso más de una vez: “Pues os digo que *uno mayor* que el templo está aquí” (Mt. 12:6), “*más que* Jonás en este lugar... *más que* Salomón en este lugar” (Mt. 12:41-42). Este tipo de afirmación velada recorre todo lo que Jesús dijo e hizo. Para aquellos que tienen ojos para ver, y oídos para oír, algo inimaginablemente grande y glorioso está aquí.

El velo es levantado

En ese entonces había palabras que no estaban veladas, y de hecho eran blasfemamente autoexaltadas, a menos que fueran verdaderas. Él ordenó a los espíritus malignos (Mr. 1:27) y a todas las fuerzas de la naturaleza (Mr. 4:40), y le obedecieron. Otorgó perdón por los pecados (Mr. 2:5), que únicamente Dios puede hacer (Mr. 2:7). Convocó a la gente a dejarlo todo y seguirlo a Él para tener vida eterna (Mr. 10:17-22; Lc. 14:26-33). Dijo que se pararía en el día del juicio y declararía quién entrará al cielo y quién no (Mt. 7:23). Además, afirmó asombrosamente que “a cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 10:32-33). Dijo que era el árbitro final del universo.

Amor y sacrificio máximos

Luego, con todo este poder, todo este potencial para hacer de su vida un exquisito placer y fama en la tierra, lo sacrifica todo por la felicidad eterna de los pecadores. Dice inflexiblemente que “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). Una y otra vez les dijo a sus discípulos lo que iba a ocurrir, que “le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días” (Mr. 8:31).

En toda su entrega, estaba cumpliendo intencionalmente las Escrituras. “El Hijo del Hombre va, según está escrito de él” (Mr. 14:21). Así que no

solo se sometió a la muerte, también se sometió completamente a su Padre que está en los cielos (Jn. 5:19), y a la palabra de Dios en las Escrituras. No estaba atrapado en una trama de circunstancias trágicas; estaba dispuesto a dar su vida. “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Jn. 10:17-18).

El objetivo de su sacrificio, dijo, era el perdón de los pecados. “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:28). Este fue el amor más grande que jamás se había mostrado en toda la historia de la humanidad, porque la persona más grande hizo el mayor sacrificio por el mayor regalo a los menos dignos. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn. 13:1).

Resucitó, reina y vendrá

Cuando resucitó de entre los muertos al tercer día, como dijo (Lc. 24:6-7), se apareció a sus discípulos durante cuarenta días, dándoles muchas pruebas de que Él no era un fantasma, sino la misma persona, cuerpo y espíritu a quien ellos habían conocido durante tres años (Lc. 24:39-42; Hch. 1:3). Él les dio un mandato universal de hacer discípulos de todas las naciones (Mt. 28:19); prometió enviar a su Espíritu y estar con ellos hasta el fin del mundo (Jn. 14:26 y Mt. 28:20). Ascendió al cielo donde reina sobre el mundo (Ap. 17:14; 1 P. 3:22) a la diestra de Dios el Padre (Mt. 22:44; 26:64). Prometió que volvería a la tierra en poder y gran gloria (Mt. 16:27; 24:30) y que llevaría a todo su pueblo al gozo eterno (Mt. 25:21).

Este es un bosquejo básico de la presentación bíblica de Jesús. Mi argumento en *Una gloria peculiar* es que la gloria peculiar de Dios en las Escrituras llega a su expresión más clara en este Jesús. Su gloria resplandece a través del relato bíblico de su vida y obra. Esta gloria es una realidad objetiva, real y autoautentificadora. Es la base sólida para una fe bien fundamentada en la verdad de la Biblia.

Respondiendo a la acusación de circularidad

Alguien puede plantear la objeción de que estoy discutiendo en círculos. Puede decirse que estoy asumiendo la confiabilidad de la representación bíblica de Jesús (al citar todos estos textos), aun si lo argumento. Hay dos clases de respuestas a esta objeción. Una es la respuesta académica que dice “no”, incluso si asumes la postura más crítica hacia los registros del Nuevo

Testamento, no hay ningún escritor de un Evangelio y (para usar el lenguaje de los eruditos críticos) ningún nivel de tradición, donde este tipo de presentación no esté presente. Este es el Jesús que conocemos de la historia. No hay un Jesús natural y cómodo que encaje en preconceptos. No hay una reconstrucción de otro Jesús más históricamente confiable que esta.³

La otra respuesta a la objeción de la circularidad es que la presentación de Jesús en el Nuevo Testamento es autoautentificada. La mayoría de las personas no tienen acceso a los argumentos académicos históricos para la fiabilidad de los Evangelios. Mi argumento es que esto no necesita ser un obstáculo para llegar a una fe bien fundamentada. La realidad del mismo Jesús, tal como lo representa el Nuevo Testamento, lleva en ella suficientes marcas de autenticidad que podemos tener plena confianza en que esta presentación es verdadera. Estoy llamando a esto la belleza autoautentificadora, que resplandece a través de la presentación que hace el Nuevo Testamento de Jesús, la gloria peculiar de Dios.

Fe bien fundamentada para los que no son historiadores

De hecho, uno de los impulsos claves detrás del argumento de *Una gloria peculiar* es la preocupación de que debe existir una manera para que la persona menos ilustrada tenga una confianza bien fundamentada de que el evangelio es verdadero. Por ejemplo, ¿qué pasa con un miembro de una tribu prealfabetizada en las montañas de Papúa, Nueva Guinea, que acaba de escuchar la historia del evangelio presentada por primera vez por un misionero? ¿O qué pasa con un niño que tiene nueve o diez años de edad y ha escuchado el evangelio de sus padres durante años? Estas personas no tienen acceso a argumentos históricos sobre la autenticidad de los documentos del Nuevo Testamento. ¿Pueden llegar a una confianza bien fundamentada (no un salto en la oscuridad) de que el evangelio es verdadero y que las Escrituras son confiables?

Jonathan Edwards compartía esta preocupación hace más de 250 años. Él había aceptado un puesto como misionero a los nativos americanos de Nueva Inglaterra. Sabía que si ellos podían alcanzar una confianza bien fundamentada en la verdad del evangelio, no sería por medio de un razonamiento académico, histórico. Mi enfoque de este problema se basa en la respuesta de Edwards. Él dijo: “El evangelio del Dios bendito no busca

3. He argumentado esto más plenamente en mi libro titulado *Lo que Jesús exige del mundo* (Grand Rapids, MI Editorial Portavoz, 2007), pp. 28-35.

en el exterior su evidencia, tanto como algunos piensan: tiene su más alta y apropiada evidencia en sí mismo... La mente asciende a la verdad del evangelio, pero paso a paso y esa es su gloria divina”.⁴ Extendiendo ese argumento a todas las Escrituras; esto es lo que traté de explicar y defender en *Una gloria peculiar*.

El fin del todo es dar gloria a Dios

Otra manera de expresarlo es decir que *Una gloria peculiar* fue una extensa investigación y explicación de las palabras del Catecismo Mayor de Westminster. La pregunta 4 dice: “¿Cómo sabemos que las Escrituras son la palabra de Dios?”. Respuesta: “Las Escrituras manifiestan en sí mismas que son la palabra de Dios, *por el fin que se proponen en el todo, cual es dar toda gloria a Dios*”. En otras palabras, toda la Biblia, debidamente entendida, tiene este propósito divino de comunicar y exhibir la gloria de Dios. Este objetivo omnipresente de las Escrituras se lleva a cabo de manera que Dios mismo se destaca inequívocamente como el autor infalible que guía a los autores humanos de la Biblia.

La Biblia, el libro de Dios

Por lo tanto, mi conclusión (con unas trescientas páginas de argumentación y explicación) es que “la Biblia, que consiste de los sesenta y seis libros del Antiguo y Nuevo Testamento, es la palabra infalible de Dios, inspirada verbalmente por Dios, y sin error en los manuscritos originales”.⁵ Esto también implica que las Escrituras son la autoridad suprema y final para probar todas las afirmaciones sobre lo que es verdadero, correcto y hermoso. Esto implica que en asuntos que no son explícitamente tratados por la Biblia, lo que es verdadero, correcto y hermoso debe ser evaluado por criterios compatibles con las enseñanzas de las Escrituras. Todo esto implica que la Biblia tiene autoridad final sobre cada área de nuestra vida y que, por lo tanto, debemos intentar que todos nuestros pensamientos, sentimientos y acciones estén alineados con lo que la Biblia enseña.

No escribo estas palabras a la ligera. Son una afirmación asombrosa; y si no son ciertas, son escandalosas. La Biblia no es la carta privada de una comunidad de fe entre otras comunidades de fe. Es un reclamo general en todo el mundo. Dios, el creador, dueño y gobernador del mundo, ha

4. Jonathan Edwards, *A Treatise Concerning Religious Affections*, ed. Paul Ramsey, vol. 2, *The Works of Jonathan Edwards* (New Haven, CT: Yale University Press, 1957), pp. 299, 307.

5. Párrafo 1.1 de *Bethlehem Baptist Church Elder Affirmation of Faith*.

hablado. Sus palabras son válidas y vinculantes para todas las personas en todas partes. Eso es lo que significa ser Dios.

Para nuestro asombro, ¡la forma de hablar de Dios con autoridad infalible en el siglo XXI es a través de *un libro*! Un libro, no muchos. ¡No este libro!, sino la Biblia. Esa es la impresionante declaración de las Escrituras. Las implicaciones de esto son enormes, incluyendo las implicaciones sobre cómo leer la Biblia.

Dos hechos llenos de implicaciones

Hemos visto que hay otro hecho espectacular que está lleno de implicaciones sobre cómo debemos leer la Biblia. Primero, está el hecho de que el Creador del universo ha hablado a través de *un libro*. Segundo, está el hecho de que Él ha mostrado que este libro es completamente verdadero por la gloria divina que se revela a través de él. Ambos hechos están cargados de implicaciones con relación a cómo leer el libro. Por un lado, es un libro compuesto por un lenguaje humano ordinario que necesita ser comprendido; después de todo, es un verdadero libro humano. Y, por otro lado, es luminoso por la luz sobrenatural de la gloria divina. Lo que significa, como dijimos al principio, que la Biblia requiere más que su lectura natural. No menos, sino más. Natural y sobrenatural. Si falta cualquiera de estos dos elementos, leeremos incorrectamente la Palabra de Dios.

La estructura de este libro

El presente libro tiene tres partes. La Parte I plantea la pregunta más importante: *¿Según la Biblia, cuál es el objetivo supremo de leer la Biblia?* Propongo una respuesta con seis implicaciones, y luego dedico diez capítulos a revelar y probar estas implicaciones. La Parte II resuelve la inferencia que hago en la Parte I de que leer la Biblia realmente debe ser un acto sobrenatural, si las metas de Dios para nuestra lectura de la Biblia van a ser alcanzadas. Por último, en la Parte III trato con el trabajo práctico de esta afirmación en el aparente acto humano de la lectura: el acto natural de leer la Biblia sobrenaturalmente.

PARTE I

El objetivo supremo de leer la Biblia

... que el valor infinito de Dios y su belleza sean exaltados en la eterna y ferviente adoración de la esposa de Cristo, comprada con su sangre, de cada pueblo, idioma, tribu y nación...

Introducción a la Parte I

La propuesta

Algunos autores dejan marcas de su paternidad literaria que no tienen nada que ver con el enfoque de su libro. Ese parece ser el caso, por ejemplo, de las cartas del apóstol Pablo. Él escribió: “La salutación es de mi propia mano, de Pablo, que es el signo en toda carta mía; así escribo” (2 Ts. 3:17). Nuevamente, en Gálatas 6:11 escribió: “Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano”. En otras palabras, estas marcas de su paternidad literaria no son el gran enfoque en sus cartas. No es la visión de Dios y de Cristo y de la vida cristiana lo que lo instaron a escribir en primer lugar. Estas son la firma. Y aunque la firma es importante para la autenticación, no es esencial para el mensaje.

Otros autores desarrollan un estilo de escritura único que funciona como una marca de su propia paternidad literaria. Se piensa en el uso de la paradoja de G. K. Chesterton, o en las frases *staccato* de Ernest Hemingway. O las descripciones floridas de Charles Dickens. O la brevedad de los versos engañosamente simples de Emily Dickinson. Por supuesto, estos estilos no están artificialmente desconectados del mensaje o del propósito de los escritos, pero tampoco son el punto principal. Probablemente, cada autor diría que son esenciales para lo que están tratando de hacer en general. Pero dudo que alguno de ellos dijera: “Lo principal que quiero que quede en las personas, acerca de mi trabajo, es mi estilo”.

El significado de la gloria es la señal de la divinidad

Sin embargo, las cosas son diferentes cuando pensamos en la relación de Dios con la Biblia. Él no la firmó con una firma distintiva y, cuando la inspiró (2 Ti. 3:16), no anuló los estilos individuales de los autores humanos para crear un estilo propio, tal como una dicción divina, un vocabulario celestial o una cadencia divina. Cuando los alguaciles de los fariseos decían de Jesús que “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”, no se

referían a su acento, su vocabulario ni a su habilidad oratoria. Se referían a la naturaleza global y el impacto del hombre cuando hablaba. Los fariseos vieron a dónde iba esto y dijeron: “¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos?” (Jn. 7:46-48). En otras palabras, vieron que los alguaciles comenzaban a ver algo que despierta la fe. Pero no era una firma o un estilo.

Lo que es diferente en la forma en que Dios autentifica la Biblia es que el fundamento que Él da para la verdad de la Biblia es igual al centro y al objetivo del mensaje bíblico. La gloria peculiar de Dios es tanto la sustancia como el sello de la historia que la Biblia relata. No es como si Dios hablara en sus palabras, revelando su naturaleza y sus propósitos y luego deba agregar una marca separada para su divinidad, como una firma o un estilo. Su gloria, a través de su palabra, es el mensaje y su marca.

Ciertamente, Dios a menudo “daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios” (Hch. 14:3). Pero los signos y las maravillas no eran decisivos. Podían ser negados, distorsionados y rechazados tan completamente como lo era su palabra; sabemos que ocurrió así en la vida de Judas y de ciertas personas que vieron a Jesús resucitar a Lázaro de entre los muertos y luego ayudaron a sus asesinos (Jn. 11:45-53). Más bien, esos milagros fueron tejidos juntamente con la palabra de Dios en un tapiz de la revelación de la gloria peculiar de Dios. Esa gloria es el significado supremo de este tapiz y la marca decisiva de su realidad divina.

Implicaciones para la gran imagen

Si esto es cierto, entonces no nos sorprendería que la Biblia requiriera de una lectura sobrenatural, ya que ver la gloria divina en palabras humanas no es la manera común de leer un libro. Pero nos estamos adelantando. ¿Es cierto que la gloria peculiar de Dios es el significado supremo de este tapiz de las Escrituras? ¿Es esto lo que debemos tratar de ver cuando leemos la Biblia? Esta es nuestra primera pregunta clave en este libro, y de eso trata esta Parte I.

La forma en que me gustaría plantear la pregunta es la siguiente: ¿Qué dice la Biblia en sí misma que es la meta suprema de leerla? Si la Biblia deja en claro que el objetivo de leerla es ver lo que solo puede ser visto sobrenaturalmente, entonces las implicaciones para cómo leemos la Biblia serán profundas. Así que nos preguntamos en la Parte I lo que la Biblia nos dice que es la meta suprema de leerla. Luego, en la Parte II, examinamos la implicación de que esto requiere una lectura sobrenatural de la Biblia.

Y, finalmente, en la Parte III, presentamos las implicaciones de esto para el acto humano ordinario de la lectura bíblica.

La propuesta

Entonces, primero, ¿qué nos dice la Biblia que es el objetivo supremo de leerla? Lo que sigue es mi respuesta y propuesta a esta pregunta, con seis implicaciones. El objetivo de la Parte I de este libro es ver si esta propuesta y sus implicaciones son verdaderas.

La Biblia misma muestra que nuestro objetivo supremo en su lectura es que el valor infinito de Dios y su belleza sean exaltados en la eterna y ferviente adoración de la esposa de Cristo, comprada con su sangre, de cada pueblo, idioma, tribu y nación. En otras palabras, cada vez que tomemos la Biblia para leerla, debemos intentar que su lectura nos conduzca a este fin. La forma en que nosotros, como individuos, somos capturados en este objetivo supremo a medida que leemos la Biblia, queda clara cuando proponemos seis implicaciones que fluyen como respuesta a nuestra pregunta. Cuando decimos que el objetivo supremo al leer la Biblia es que el valor infinito de Dios y su belleza sean exaltados en la eterna y ferviente adoración de la esposa de Cristo, comprada con su sangre, de cada pueblo, idioma, tribu y nación, implica:

1. que el valor infinito y la belleza de Dios son *el valor y la excelencia supremos* del universo;
2. que la *adoración supremamente auténtica e intensa* del valor y la belleza de Dios es el objetivo supremo de toda su obra y palabra;
3. que debemos siempre leer su Palabra para *ver* este supremo valor y belleza;
4. que debemos buscar en todo nuestro ver el *saborear* su excelencia sobre todas las cosas;
5. que debemos aspirar a ser *transformados* por este ver y saborear en la semejanza de su belleza;
6. de modo que más y más personas sean atraídas hacia la familia de Dios que adora, hasta que la novia de Cristo, a través de todos los siglos y culturas, esté completa en número y belleza.

Los siguientes capítulos en la Parte I se centran en las partes de esta propuesta y las prueban preguntando: ¿Qué dice la misma Biblia acerca de este objetivo propuesto de la lectura y sus implicaciones?

El gran final de las obras de Dios, *que se expresan de manera tan variada en las Escrituras, no es sino uno; y este fin es llamado apropiada y ampliamente la gloria de Dios.*

JONATHAN EDWARDS

[Él] hace todas las cosas según el designio de su voluntad... para alabanza de su gloria.

EFESIOS 1:11-12

Leer la Biblia hacia el objetivo supremo de Dios

“Si... hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”.

La propuesta

Nuestro objetivo supremo al leer la Biblia es que el valor infinito de Dios y su belleza sean exaltados en la eterna y ferviente adoración de la esposa de Cristo, comprada con su sangre, de cada pueblo, idioma, tribu y nación. Esto implica:

1. que el valor infinito y la belleza de Dios son *el valor y la excelencia supremos* del universo;
2. que la *adoración supremamente auténtica e intensa* del valor y la belleza de Dios es el objetivo supremo de toda su obra y palabra;
3. que debemos siempre leer su Palabra para *ver* este supremo valor y belleza;
4. que debemos buscar en todo nuestro ver el *saborear* su excelencia sobre todas las cosas;
5. que debemos aspirar a ser *transformados* por este ver y saborear en la semejanza de su belleza;
6. de modo que más y más personas sean atraídas hacia la familia de Dios que adora, hasta que la novia de Cristo, a través de todos los siglos y culturas, esté completa en número y belleza.

Nuestra propuesta eleva el valor y la belleza de Dios al lugar más alto posible. El objetivo supremo de toda lectura de la Biblia es que el *valor infinito de Dios y su belleza serán exaltados en la eterna y ferviente adoración*. No hay nada más alto que el valor y la belleza de Dios. Eso es lo que expresa la primera implicación: *El valor infinito y la belleza de Dios son el valor máximo y la excelencia del universo*.

Así que lo primero que debemos hacer es aclarar en las Escrituras el significado y luego la supremacía de la *gloria* de Dios. Esto puede parecer extraño ya que ni siquiera usé la palabra *gloria* en mi propuesta o sus implicaciones. Sin embargo, la realidad está ahí, y es lo más importante. Utilicé otras palabras para ello, a saber: “valor y belleza” y “valor y excelencia”.

Encontrando palabras para la gloria de Dios

Recuerdo un día cuando estaba en la universidad, Clyde Kilby, mi profesora favorita de inglés, dijo algo a este respecto: “Una de las mayores tragedias de la caída es que nos cansamos de las glorias familiares”. Esta simple afirmación se introdujo profundamente en mi conciencia. Me entristeció mucho, porque vi lo superficial e insensible que estaba ante tantas maravillas alrededor de mí. Me inundó un anhelo de no ser así. No quería llegar a los Alpes, pasar maravillado un par de días, para llegar al final de la semana y encontrarme mirando la televisión en el hotel. Lamenté mi capacidad de bostezar durante el “Aleluya” de Handel.

Lo que significa es que detesto la idea de hablar de la gloria de Dios de una manera tan familiar, viciada o, como un cliché, que no despierta ningún sentido de asombro. Por supuesto, me doy cuenta de que solo Dios puede despertar esa verdadera maravilla ante su gloria. Kilby tenía razón. La caída nos ha dejado profundamente disfuncionales emocionalmente. Estamos emocionados por trivialidades e impávidos ante la grandeza. Estiramos un mosquito para admirarlo y nos tragamos un camello de gloria desapercibida. Sin embargo, quiero tratar de usar un lenguaje que nos ayude a ver cuál es la gloria de Dios, si puedo. De ahí el esfuerzo de encontrar otras palabras además de *gloria*, tales como *valor y belleza* o *valor y excelencia*.

¿Qué es la gloria de Dios?

Mi comprensión de la gloria de Dios ha sido profundamente moldeada por su relación con la santidad de Dios. Tengo en mente el modo en que esta relación llega a ser expresada en Isaías 6:1-3:

En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.

¿Por qué el profeta no dijo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su *santidad*”? Mi sugerencia es que la gloria de Dios es la santidad de Dios puesta en exhibición. Cuando la santidad de Dios brilla en la creación, se llama “gloria de Dios”.

La santidad de Dios

Esto fomenta la pregunta sobre el significado de la *gloria* nuevamente en la santidad de Dios. ¿Qué es eso?¹ El significado de la raíz hebrea de la palabra del Antiguo Testamento para *santo* (*kadosh*) es la idea de estar separado; diferente de algo, separado de algo. Cuando se aplica a Dios, significa que la santidad de Dios es su separación de todo lo que no es Dios. Esto, entonces, significa que Él conforma una categoría en sí mismo. Y como todas las cosas buenas que son raras, cuanto más raras más valiosas son. Por lo tanto, Dios es supremamente valioso.

Podemos ver este significado de la santidad de Dios en las siguientes dos ilustraciones. Primero, cuando Moisés golpeó la roca en lugar de hablarle de la manera que Dios le había enseñado, Dios le dijo: “Por cuanto no creísteis en mí, para *santificarme* delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado” (Nm. 20:12, véase 27:14). En otras palabras, cuando Moisés desconfió de Dios, no lo trató como si tuviera una magnífica clase de poder y confiabilidad en sí mismo. Él lo trató como otra persona común que no era digna de recibir toda la confianza, como alguien que no puede o no está dispuesto a hacer lo que dijo. Pero Dios no es común. No es como los demás. Él es santo.

Segundo, en Isaías 8:12-13, Dios le dice a Isaías: “No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración; ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. A Jehová de los ejércitos, a él *santificad*; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo”. En otras palabras, no coloquemos a

1. En la parte que sigue, estoy adaptando algunas cosas que escribí acerca de la santidad en *Acting the Miracle: God's Work and Ours in the Mystery of Sanctification*, ed. John Piper y David Mathis (Wheaton, IL: Crossway, 2013), pp. 29-41, 127-38.

Dios en el mismo lugar donde están todos nuestros otros temores y miedos. Tratémoslo como un miedo y un temor absolutamente únicos. Pongámoslo aparte de todos los miedos y temores comunes.

Así es como concibo la santidad de Dios. Dios está tan separado, tan arriba, tan distinto de todo lo demás, de todo lo que no es Dios, que es autoexistente y autosustentable y autosuficiente. Así es infinitamente completo y perfecto en sí mismo. Él está separado de y es trascendente sobre todo lo que no es Dios. Así que no fue llevado a la existencia por nada fuera de sí mismo. Él es, por lo tanto, autoexistente. No depende de nada para su existencia y, por ello, es autosustentable. Y, en consecuencia, es totalmente autosuficiente. Completo, íntegro, perfecto.

La Biblia pone en claro que este Dios autoexistente, autosustentable y autosuficiente existe como tres personas divinas en una esencia divina. Así el Padre conoce y ama al Hijo de manera perfecta, completa e infinita. El Hijo conoce y ama al Padre de manera perfecta, completa e infinita. Y el Espíritu Santo es la expresión perfecta, completa e infinita del amor del Padre y del Hijo entre sí. Esta perfecta comunión trinitaria es esencial para la plenitud y perfección de Dios. No hay falta, ni deficiencia, ni necesidad, sino plenitud y autosuficiencia perfectas.

La dimensión moral de la santidad de Dios

Esta es la santidad de Dios: su plenitud trascendente y su autosuficiencia. Pero hay una dimensión que falta en esta descripción de santidad. Es la dimensión que mencioné anteriormente, que fluye de su absoluta rareza, siendo único en su clase y en su perfección. Esto implica que Él es de valor infinito. Una de las razones por las que es crucial centrarse en este aspecto de la santidad de Dios es que nos ayuda a comprender por qué la Biblia trata la santidad de Dios no solo como la *esencia* de la trascendencia, sino también como *pureza* o *bondad* trascendente.

En otras palabras, la introducción del valor infinito de Dios nos ayuda a concebir la santidad de Dios en categorías morales. Damos esto por sentado y no meditamos cómo puede ser así. ¿Cómo se puede pensar en Dios como infinitamente bueno, recto o puro, cuando no hay normas fuera de Dios para medirlo? Antes de la creación, todo lo que había era Dios. Entonces, cuando lo único que hay es Dios, ¿cómo definimos el bien? ¿Cómo puede la santidad significar más que la trascendencia? ¿Cómo puede haber santidad con una dimensión *moral*?

Mi respuesta es la siguiente: la dimensión moral de la santidad de Dios

es que todo afecto, todo pensamiento y todo acto de Dios es consistente con el infinito valor de su plenitud trascendente. En otras palabras, la santidad no solo es el valor infinito de la plenitud trascendente de Dios, sino también la armonía que existe entre el valor de esa plenitud trascendente y todos los demás afectos, pensamientos y actos de Dios. Esta armonía de los actos de Dios con su infinito valor es lo que podemos llamar “la belleza de la santidad de Dios”. Stephen Charnock (1628-1680) utiliza una frase singular para expresar lo que estoy tratando de decir. La santidad de Dios, dice él, quiere decir que Él “obra con una disposición acorde con su propia excelencia”.² La palabra que usa Charnock en inglés es una palabra antigua que significa “adecuación, complacencia, conveniencia, armonía”. Así es como un acto de Dios es bueno, puro o perfecto. Es complaciente —perfectamente expresivo y en armonía— con valor de Dios.

La gloria de Dios como la belleza de su santidad

Esto nos lleva nuevamente a la relación entre la santidad de Dios y su gloria. Experimentamos la belleza de la santidad de Dios como la gloria de Dios. A medida que la santidad de Dios se hace expresiva, creando y penetrando en el mundo, la llamamos “gloria de Dios”.³ Su gloria es el fluir de su santidad para que el mundo vea y admire. El largo artículo de Gerhard Kittel sobre la gloria en el *Compendio del Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* dice que la gloria de Dios “puede abarcar la honra de Dios, su esplendor, su poder, o su brillo... con énfasis en el elemento de la manifestación visible”.⁴

Debemos recordarnos constantemente que estamos hablando de una gloria que finalmente está más allá de cualquier comparación creada. “La gloria de Dios” es la forma en que designamos la belleza infinita y la grandeza infinita de la persona que estaba allí antes de que hubiera cualquier otra cosa. En otras palabras, es el valor, la belleza y la grandeza que existen sin origen, sin comparación, sin analogía, sin ser juzgados o evaluados por ningún criterio externo.

2. Stephen Charnock, *The Existence and Attributes of God*, vol. 2 (Grand Rapids, MI: Baker, 1979), p. 115.

3. No quiero decir una limitación ardua de la palabra *gloria* para la manifestación del resplandor de la santidad de Dios en el mundo. Por ejemplo, Jesús ora: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean *mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo*” (Jn. 17:24). Pero, en general, sostiene que la gloria de Dios es el resplandor de Dios, lo que resplandece de su esencia.

4. G. Kittel, G. Friedrich, editores y G. W. Bromiley traductor al inglés. *Compendio del Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, (Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 2002), p. 181.

Es el original absoluto, que todo lo define, de valor, grandeza y belleza. Todo el valor creado, la grandeza y la belleza provienen de Él y apuntan a Él, pero no lo reproducen de manera comprensiva ni adecuada.

“La gloria de Dios” es una manera de decir que hay una realidad objetiva y absoluta a la que apuntan toda la admiración humana, el temor, la veneración, la alabanza, el honor, la aclamación y la adoración. Hemos sido hechos para encontrar nuestro más profundo placer en admirar lo que es infinitamente admirable, es decir, la gloria de Dios. La gloria de Dios no es la proyección psicológica del anhelo humano hacia la realidad. Por el contrario, el anhelo humano inconsolable es la evidencia de que fuimos hechos para la gloria de Dios.

La suprema importancia de la gloria de Dios

Así que cuando la Biblia pone la gloria de Dios en exhibición como la meta de todo lo que Dios hace, esta es otra manera de decir que el infinito valor y belleza de Dios, o su valor y excelencia, es la realidad suprema en el universo. Y eso es, de hecho, lo que encontramos en la Biblia. De principio a fin, Dios nos dice y nos muestra que su meta final en todo lo que hace es comunicar su gloria para que el mundo vea y para que su pueblo admire, disfrute y alabe.

Podemos demostrar esto señalando seis etapas de redención, comenzando en la eternidad pasada y moviéndonos a través de la creación y la historia hacia la eternidad futura. En cada una de estas etapas, Dios dice explícitamente que su propósito es que su gloria sea conocida y alabada, es decir, alegremente admirada, expresamente disfrutada y apreciada de corazón.

Predestinación

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, así como nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irrepreensibles delante de Él. En amor nos predestinó para adopción por medio de Jesucristo, según el propósito de su voluntad, *para la alabanza de la gloria de su gracia* (Ef. 1:3-6, traducción del autor).

La redención comienza en la eternidad pasada, en el corazón de Dios. Él predestina a un pueblo “para adopción por medio de Jesucristo”. Pablo nos habla de la raíz más profunda y el objetivo más alto de esta predestinación. Él dice que está arraigado en el “puro afecto de su voluntad”

(Ef. 1:5). Además, dice que su meta final es “para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1:6).

¡Con qué rapidez pasamos sobre esa última declaración, cuyo propósito se expresa en las palabras “habiéndonos predestinado para ser adoptados... para alabanza de la gloria de su gracia”! Ese es el propósito *de Dios*. ¿Y cuál es ese propósito? Que lo alabemos. ¿Que alabemos qué? Su gloria. La gloria peculiar de su gracia. Así que, desde toda la eternidad, el plan de Dios era tener una familia adoptada “por medio de Jesucristo” que alabaría su gloria por toda la eternidad. Hay pocas cosas más importantes que saber. Pocas cosas darán más forma a nuestra vida que eso, si penetra hasta el centro de nuestra alma.

El plan desde la eternidad pasada fue la alabanza para la eternidad futura. El que planificó y el que ha de ser alabado es el mismo Dios. Y el foco de la alabanza es su propia gloria peculiar, que brilla más abundantemente como la gloria de la gracia en la persona y obra de Jesús.

Creación

Diré al norte: Da acá; y al sur: No detengas; trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra, todos los llamados de mi nombre; *para gloria mía* los he creado, los formé y los hice (Is. 43:6-7).

¿Qué significa “para gloria mía”? No significa que la creación traerá a la existencia la gloria de Dios, Él ya tiene gloria. La creación es un desbordamiento. Significa que la creación mostrará, enseñará o comunicará la gloria de Dios. Por eso es que Israel fue creado. Y por eso es que todos nosotros hemos sido creados. Esta es la idea central de Génesis 1:27-28:

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra.

Si usted es muy grande y llena la tierra de siete mil millones de imágenes de usted mismo, ¿cuál es su objetivo? Su objetivo es ser conocido y admirado por su grandeza. Pero, por supuesto, desde que el pecado entró en el mundo, los seres humanos prefieren vivir para su propia gloria, no la de Dios. Por eso Dios planeó una historia de redención, para que aquellos que ponen su esperanza en Cristo “seamos para alabanza de su gloria” (Ef. 1:12). Fuimos creados para la gloria de Dios en nuestro primer nacimiento.

Y por Cristo nacemos de nuevo, hechos nuevos como una nueva creación, para su gloria. *La existencia humana es para la gloria de Dios*. Por eso creó el mundo (Sal. 19:1), la raza humana (Gn. 1:27-28) y el nuevo pueblo en Cristo (Ef. 1:12).

Encarnación

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (*y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre*), lleno de gracia y de verdad (Jn. 1:14).

La encarnación del eterno Hijo de Dios, el Verbo que “era con Dios, y... era Dios” (Jn. 1:1), puso la gloria de Dios en exhibición como nunca antes. “Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre”. Por eso Dios lo envió, y por eso que Él vino.

Pablo marca esto en Filipenses 2:6-11. Describe así la encarnación:

Aunque estaba en la forma de Dios... Nació en la semejanza de los hombres, y encontrándose en forma humana, Él... fue obediente hasta el punto de morir... Por lo tanto, Dios lo ha exaltado... para que en el nombre de Jesús... toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, *para gloria de Dios Padre* (traducción del autor).

Si usted sigue cuidadosamente la línea de pensamiento, lo que ve es que Dios lo exaltó a Cristo porque tomó forma humana y fue obediente hasta la muerte. Era un humano obediente; por lo cual Dios lo exaltó. Y el propósito de esa encarnación y la exaltación consiguiente fue la *glorificación de Dios*: “Por tanto, Dios lo ha exaltado... para *gloria de Dios Padre*”. Así, el propósito de Dios en la encarnación del Hijo fue la exhibición de la gloria peculiar del Padre en la encarnación y en la obra de Cristo.

Propiciación

Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. *Padre, glorifica tu nombre*. Entonces vino una voz del cielo: *Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez* (Jn. 12:27-28).

Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti (Jn. 17:1).

La hora de que Jesús habla es la hora de su muerte. Había venido a morir: “yo... pongo mi vida por las ovejas” (Jn. 10:15). Y la razón por la cual debe hacerse es que todos los seres humanos están bajo la ira de Dios. No hay esperanza para ninguno de nosotros sin una propiciación, es decir, un sacrificio que elimine la ira de Dios. Jesús se entrega a sí mismo como ese sacrificio. El resultado es que todo el “que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36). Solamente hay dos opciones: creer y escapar de la ira de Dios, o desobedecer el mandamiento de creer y permanecer bajo la ira. Jesús dijo que vino a proveer este escape para la gloria del Padre: “Para esto he llegado a esta hora. Padre, *glorifica tu nombre*” (Jn. 12:27-28).

El apóstol Pablo explicó más completamente cómo funciona realmente este aspecto de la muerte de Cristo. Él escribió en Romanos 3:25-26:

Dios puso [a Cristo] como propiciación por su sangre, para ser recibido por la fe. Esto era para *mostrar la justicia de Dios*, porque en su paciencia divina había pasado por alto los pecados anteriores. Era para *mostrar su justicia* en el tiempo presente, para que Él pudiera ser el justo y el que declara justo al que tiene fe en Jesús (traducción del autor).

Pablo dice dos veces que Dios envió a Cristo como una propiciación “para *mostrar su justicia*”. También dice que el propósito es “que él *sea* el justo”. Así que tres veces Pablo describe la muerte de Jesús como la vindicación de la justicia de Dios.

¿*Cristo murió por nosotros o por Dios?* Una vez prediqué un sermón en una reunión estudiantil llamada Pasión, bajo el título: “¿Cristo murió por nosotros o por Dios?”. Este pasaje, Romanos 3:25-26, era mi texto. La respuesta a la pregunta era que *Cristo murió por la gloria de Dios* para que su muerte pudiera contar para nuestra salvación. ¿Por qué Cristo necesitaba morir para mostrar que Dios es justo? De hecho, ¿por qué necesitaba morir para que Dios, al declarar justos a los pecadores, pudiera Él mismo *ser* justo? La respuesta es dada claramente: “a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”. Dios no había castigado los pecados de los santos del Antiguo Testamento. Él los había pasado por alto. De la misma manera en que Él está pasando por alto los pecados de todos los que confían en Jesús.

Pero él había dicho en Romanos 3:23 que estos pecados menosprecian la gloria de Dios: “Todos pecaron, y *están destituidos de la gloria de Dios*”.

Cuando una persona peca, está expresando su preferencia por algo distinto de Dios. Esa persona está diciendo que Dios y su camino son menos satisfactorios que el camino del pecado. Esto es un ultrajante insulto a Dios. Estamos intercambiando la gloria de Dios por otra gloria (Ro. 1:23).

Por lo tanto, pecar *es restar valor a la gloria de Dios*. Si Dios pasara por alto esta actitud y este comportamiento, como si su gloria no fuera de valor infinito, estaría actuando injustamente. Estaría de acuerdo en que otras cosas son más deseables que Él. Esto es injusto. Es una mentira.

Sin embargo, esto es lo que Dios ha hecho. Ha pasado por alto los pecados anteriores. Parece injusto; y esto explica, dice Pablo, por qué Dios presentó a Cristo como propiciación por su sangre. En la muerte de Cristo para la gloria de Dios (Jn. 12:27), Jesús mostró al mundo que Dios no ignora el menosprecio de su gloria. Él no barre los pecados que denigran a Dios y los esconde bajo la alfombra del universo. Él muestra, en la muerte de Cristo, que su gloria es de valor infinito. Él no es injusto; no trató a su gloria como algo inútil. Cuando pasa por alto el pecado por causa de Cristo, toda la creación puede ver que esto no es porque la gloria de Dios sea insignificante, sino porque en Cristo ha hecho una exhibición infinita del valor de la gloria de Dios. “Para esto he llegado a esta hora. Padre, *glorifica tu nombre*” (Jn. 12:27-28).

Por lo tanto, sabemos que *Cristo murió por la gloria de Dios*. Cristo se dio a sí mismo como una propiciación de la ira de Dios para vindicar la justicia de Dios al pasar sobre los pecados que menosprecian a Dios. Y al hacerlo, Cristo mismo, en su muerte y resurrección, se convirtió en parte de la magnífica exhibición divina de la gloria peculiar de Dios.

Santificación

Esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, *para gloria y alabanza de Dios* (Fil. 1:9-11).

Oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que *el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros* (2 Ts. 1:11-12).

Dios hace santo a su pueblo; lo santifica para poner en evidencia su propia gloria. Él trabaja en nosotros para que seamos “llenos de frutos de justicia”.

¿Para qué? “Para gloria y alabanza de Dios”. En Filipenses 1:9-11, podemos fácilmente pasar por alto que Pablo está orando a Dios. Es decir, él le está pidiendo *a Dios* que glorifique a Dios en la justicia de su pueblo. Este es el propósito de Dios y el obrar de Dios, no solo de Pablo.

De manera similar, en 2 Tesalonicenses 1:11-12, Pablo ora para que los creyentes sean capaces de llevar a cabo toda buena obra “para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros”. *Las buenas acciones son para la gloria de Cristo*. Y por medio de Él para la gloria de Dios. Esto es lo que debemos esperar si Dios nos *predestinó* para su gloria, nos *creó* para su gloria y *murió para salvarnos* para su gloria. Paso a paso, en la historia de la redención, Dios está trabajando en todas las cosas para la comunicación de su gloria para el goce de su pueblo.

Consumación

Los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para *ser glorificado* en sus santos y *ser admirado en todos los que creyeron* (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros) (2 Ts. 1:9-10).

En el día final, el fin de la historia tal como la conocemos, Jesús regresará a esta tierra. ¿Para qué? La razón dada aquí es para que Él sea “glorificado en sus santos” y sea “admirado en todos los que creyeron”. La palabra *glorificar* no significa “hacer glorioso”. Significa *mostrar* su gloria; aclamar, alabar, exaltar, magnificar como glorioso.

Magnificar. Sí, esa es una buena palabra para *glorificar*. Pero es ambigua. No lo magnificamos de la misma manera que un microscopio magnifica. Lo magnificamos de la misma manera que un telescopio magnifica. Un microscopio hace que las cosas pequeñas parezcan más grandes de lo que son. Los telescopios hacen que cosas enormes, que se ven diminutas, parezcan más como lo que realmente son. Es por eso que volverá: con el fin de ser mostrado, visto y disfrutado por quien Él realmente es.

Para nuestra adoración ferviente

De eternidad a eternidad, en la predestinación, la creación, la encarnación, la propiciación, la santificación y la consumación, la Biblia hace explícito que el objetivo final de Dios en todas las cosas es la revelación y exaltación de su gloria. Es evidente en esto que la gloria de Dios es el tesoro supremo sobre todo lo que existe. Es decir (como lo indica la primera implicación de

la propuesta) *el valor infinito y la belleza de Dios son el valor supremo y la excelencia del universo.*

Sin embargo, la propuesta que estoy haciendo acerca del objetivo último de leer la Biblia no es solo que la gloria de Dios, la dignidad y belleza de Él, sea revelada y se muestre que es una gloria exaltada. La propuesta es que *el valor infinito y la belleza de Dios serán exaltados en la adoración eterna y ferviente.* Y esto implica que el fin supremo de toda la obra y la palabra de Dios es la adoración supremamente auténtica e intensa de su valor y belleza. En otras palabras, como trataré de mostrar en el próximo capítulo, el objetivo supremo de leer la Biblia no es solo la exaltación mundial del valor de Dios, sino también la exultación de su pueblo en la adoración. Esta gozosa exultación en la adoración es la forma en que Dios planeó la más alta exaltación de su gloria.

A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque
ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso.

1 PEDRO 1:8

Dios, Dios mío eres tú;
De madrugada te buscaré;
Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,
En tierra seca y árida donde no hay aguas.

SALMOS 63:1